

Noche de películas

Por Mariana Alejandra Terrones López

Sergio miraba las palomitas explotar una tras otra mientras giraban dentro del microondas. Con cada pequeña explosión, un ruido de ¡pop! golpeaba contra el vidrio. ¡Pop! ¡Pop-t-pop! ¡Pop! El olor a mantequilla le ardía la nariz cuando inhalaba, pero era una sensación agradable. Sergio se alejó del microondas para ver a su hermano, que sintonizaba el televisor en el canal de películas. Sus padres habían salido de la ciudad a un funeral de un tío lejano, así que era el momento perfecto para que Sergio viera su primera película de terror con su hermano. Él, a sus 17 años, era todo un experto en largometrajes llenos de asesinos enmascarados, chicas con poca ropa y fantasmas aterrorizando familias a las que no se les ocurría cambiarse de casa. Sergio admiraba esa habilidad del chico de soportar los gritos y saltos repentinos que aparecían de cuando en cuando, así que le había preguntado si podían ver alguna. Se preguntaba qué película escogería su hermano cuando el *¡peep-peep-peep!* del microondas lo sacó de sus cavilaciones. - ¡Ya están las palomitas Pedro! - gritó el chico mientras sacaba el tazón humeante con cuidado. -Justo a tiempo, - dijo Pedro asomándose a la cocina con una sonrisa - ya sé qué película vamos a ver. -

La película había comenzado unos minutos atrás, pero a Sergio no le importó. Los dos chicos estaban sentados frente al televisor, en pijama, envueltos en un pesado cobertor, con el tazón de las palomitas frente a ellos y todas las luces apagadas. Sergio sostenía fuertemente su inhalador debajo de las sábanas; hacía más de 2 años que no tenía un ataque de asma, pero siempre lo llevaba consigo. Un letrero apareció en la pantalla para revelar el título: Actividad Paranormal. Sergio había escuchado de esa película y según sus amigos era muy terrorífica. Pasó su dedo pulgar por el accionador del inhalador como hacía cuando estaba nervioso. Miró de reojo a su hermano Pedro, considerando pedirle que cambiaran de película. Pero no, él ya era un chico grande. Acababa de cumplir los 10 años, casi un adulto; escucharía rock como su hermano, diría groserías cuando su mamá no estuviera, tendría novia y vería películas de terror. Un gesto de determinación se dibujó en su rostro, pero Pedro no lo miraba. A lo lejos Sergio escuchaba mucho ruido, una fiesta, con risas, música y bastantes gritos. Por lo general se habría molestado, pero el ruido lo tranquilizaba, como si le dijera que todo iba a salir bien.

Con cada susto y grito de los protagonistas, los hermanos saltaban, tirando unas cuantas palomitas, y soltando risitas entre ellos. Sergio miraba con los ojos bien abiertos la brillante imagen de la televisión cuando en la película los gabinetes de la cocina se abrían todos de golpe y hacían gritar a la chica. - ¡Ay! -. Pedro se rio por lo bajo. - ¡No te rías! - dijo Sergio, pero él mismo estaba riendo.

- ¿Por qué siempre tienen frío? - preguntó Sergio mirando a su hermano. -Las personas. Mis amigos dicen que en las películas siempre tienen frío. - Pedro tomó un puñado de palomitas y se lo metió a la boca, tirando unas pocas en el proceso. Sus ojos brillaban con el reflejo del televisor. - Es que se dice que cuando hay un fantasma cerca la temperatura baja. - Se volvió de pronto a mirar a su hermano a los ojos. -Dicen que es porque así se sienten vivos de nuevo. - dijo con una voz muy seria y fría. Se le quedó viendo a Sergio por unos segundos más y volvió al televisor, con una sonrisa de lado en su rostro. El cantar de los grillos se hizo más presente en un silencio inesperado por parte de la película. El hermano menor sabía que Pedro solo lo quería molestar, pero no pudo negar que un escalofrío recorrió su espalda.

Los ojos ya se le estaban cerrando para el clímax de la película y Sergio se los tallaba, intentando quitarse el sueño. Era mucho más tarde de la hora a la que solía dormirse y el efecto de adrenalina había bajado. - Puedes dormirte si quieres, vemos otra otro día. - dijo Pedro al ver a su hermano cabeceando. -No, sí puedo.-. Unos minutos más tarde Sergio ya estaba acostado en el sofá, la luz de la pantalla brillándole en la cara. Un par de perros ladraban a la distancia y antes de que Sergio se quedara dormido alcanzó a ver en la película una puerta que se abría lentamente, revelando un oscuro pasillo y el grito de la chica principal lo llevó de la mano hacia el mundo de los sueños.

...

Un fuerte y estridente ruido lo despertó de golpe y Sergio casi se cae del sofá, logrando sostenerse con la mesita del centro. Se puso de pie rápidamente y se quedó en completo silencio, mirando a su alrededor sin mover ni un músculo. El corazón le golpeaba el pecho fuertemente, su respiración agitada y entrecortada. ¿Qué había sido eso? Con el susto, casi no se dio cuenta de un detalle muy importante: su hermano no estaba. Sergio miró el sillón vacío, después la televisión apagada y la sala completamente a oscuras. - ¿Pedro? -. Un silencio aún más marcado por su voz le estremeció los oídos. Y entonces lo notó, era un silencio completo. No había ni un minúsculo ruido, ni risotadas de amigos en una fiesta, ni

grillos ni perros. Era como si el cuarto hubiera caído en un agujero negro: la nada absoluta. El chico dio un par de pasos hacia la boca de la escalera, vacía y oscura también. *Debe de estar en el baño*, pensó. Se acercó a este, pero se encontró con otro cuarto negro como el espacio. Se asomó por la ventana de la sala, hacia el porche. Su auto no estaba. La sangre en sus venas se volvió de hielo y se le entumieron las manos. ¿Se había ido con amigos? ¿Lo había dejado solo? Inhaló profundamente y sacó el aire por la boca como su doctora le había explicado, entrecortado y tembloroso, pero logró tranquilizarlo un poco. *Si se fue, regresará* se dijo a sí mismo. Se movió rápidamente a la cocina y accionó los interruptores de la luz lo más rápido posible, sintiendo la oscuridad de la casa persiguiéndolo. La luz se reflejó en las encimeras de mármol y el familiar olor a mantequilla y café terminaron de calmarlo. Solo tenía que esperar a su hermano y todo estaría bien. Y si lo iba a hacer, entonces lo haría frente al televisor con otro tazón de palomitas. Se disponía a regresar por el tazón, cuando una corriente de aire frío lo paró en seco. Todo su cuerpo tembló y por un momento no pudo moverse, recordando las palabras de su hermano sobre fantasmas. Su pecho volvió a agitarse y ahora, además de agitada, su respiración se volvió irregular. Todas las alarmas en la cabeza de Sergio se activaron y la preocupación fue tal que por un momento olvidó el aire frío. Se lanzó a los sillones, levantó cojines y sábanas, pero no lo encontraba. Levantó incluso los almohadones; su inhalador había desaparecido por completo. Se dejó caer sobre el sillón apanicado, tomando grandes bocanadas de aire. Se llevó las manos a la cabeza y lentamente fue inhalando y exhalando, un movimiento tras otro. Pensó en que su hermano llegaría pronto y que todo estaría bien. Pasaron un par de minutos y poco a poco su respiración se calmó; su cabeza se despejó. La doctora le había dado esos ejercicios si sentía que comenzaba un ataque. *Seguramente hay alguna ventana abierta que dejó pasar el aire*, se dijo. *Cuando llegue Pedro, me va a ayudar a buscar mi inhalador*. Mientras exhalaba una risa nerviosa, se levantó, tomó el tazón vacío de palomitas y regresó a la cocina. Al entrar, se agachó junto al refrigerador para tomar otro paquete, cuando la imagen del gabinete ya abierto y el sobre de palomitas en el suelo le provocaron un fuerte dolor en el pecho. A su mente iban los gritos de la chica de la película. Decidió que no iba a quedarse ahí un solo segundo más. Corrió escaleras arriba sin siquiera apagar la luz o preguntarse si él era quien había abierto el gabinete, pero un golpe seco -*thud*- proveniente de uno de los cuartos hizo que casi se tropezara. Volvió a quedarse completamente quieto, esperando otro sonido, pero nada llegó. Esperó otros

minutos, inmóvil, pensando en qué debía hacer. Imágenes de sombras en cámaras de mala calidad y caras demoníacas no paraban de atacar su cerebro. Cada vez respiraba con más dificultad y tenía que taparse la boca para no hacer ruido. Pensó en la ventana de su habitación. Quedaba justo encima de una cornisa lo bastante grande como para que se mantuviera en pie si tenía cuidado. Solo tenía que correr a su cuarto y tocar la puerta del vecino, que siempre decía que estaba ahí si necesitaba algo. En cualquier otra ocasión, Sergio habría sido demasiado tímido para tocar la puerta de alguien, pero la sangre corría de tal manera por sus venas y cerebro que sabía que no tenía opción. Inhaló profundamente y corrió el tramo que quedaba de escaleras, hacia su puerta. Estaba a punto de llegar y una débil sonrisa de alivio se pintó en su rostro cuando su corazón dio tal salto que sintió que vomitaría. Justo en donde las escaleras terminaban la subida, la gran ventana que iluminaba el segundo piso de día yacía rota; pedazos de cristal se encontraban esparcidos a los pies de Sergio, así como un pesado ladrillo. Y entonces lo entendió, ese había sido el ruido que lo había despertado. Incluso si Sergio lo hubiera querido, sus pies no se movieron cuando la puerta de su cuarto se abrió lentamente y una mano negra se apoyaba en el picaporte. La cabeza del chico golpeó fuertemente las baldosas del suelo, pero él no sintió nada. El oxígeno había dejado sus pulmones un momento atrás, su corazón se había callado y sus ojos yacían abiertos, mirando al vacío. Un hombre vestido de pies a cabeza en negro salió del cuarto de Sergio con una linterna en una mano y un saco lleno de joyas y dinero en la otra. Al ver al niño tirado en el suelo inmóvil, el pánico se apoderó de él, soltó el saco y salió corriendo por la puerta principal, dando un portazo detrás suyo. De cualquier manera, Sergio ya no escucharía nada.

...

- ¿Solo quiere el repuesto de inhalador? - preguntó la cajera de la farmacia con cara de sueño mientras le entregaba una pequeña caja a Pedro. -Sí, es para mi hermano. No sabía que había expirado el anterior. - El chico metió la mano en el bolsillo para sacar la cartera. - ¡Ah! Y también esto. - puso una barra de chocolate en el mostrador. -Estábamos viendo una película de terror y creo que se asustó un poco. Espero que con el chocolate me perdone. - Pedro pagó y la cajera le deseó buena noche. El chico salió de la farmacia y caminó a su auto para regresar a casa con su hermano.

Fin.